

Babilonia

Edesio Sánchez

Junto a los canales de Babilonia nos sentamos
y lloramos con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras.
Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar,
nuestros opresores a divertirlos:
«Cántennos un cantar de Sión».

— ¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera!

Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha,
que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías.

Señor, toma en cuentas a los idumeos del día de Jerusalén,
cuando se incitaban: «Desnúdenla,
desnúdenla hasta el cimienta».
¡Capital de Babilonia, criminal!
¡Quién pudiera pagarte los males que nos has hecho!
¡Quién pudiera agarrar y estrellar tus niños contra las piedras!

Salmo 137 (NBE)¹

O, en la versión de Ernesto Cardenal:

JUNTO A LOS RÍOS DE BABILONIA

Junto a los ríos de Babilonia
estamos sentados y lloramos

1. NBE es la abreviatura de la *Nueva Biblia Española*; traducción de los textos originales, dirigida por Luis Alonso Schökel y Juan Mateos. Cristiandad, Madrid, 1976. En este ensayo, las citas bíblicas son de esta versión, a menos que se señale lo contrario.

acordándonos de Sión
Mirando los rascacielos de Babilonia
y las luces reflejadas en el río
las luces de los night-clubs y los bares de Babilonia
y oyendo sus músicas

Y lloramos

De los sauces de la orilla
colgamos nuestras cítaras
de los llorosos sauces

Y lloramos

Y los que nos trajeron cautivos
nos piden que les cantemos
una canción «vernácula»
«las canciones folklóricas» de Sión
¿Cómo cantar en tierra extraña
los cánticos de Sión?

Que se me seque la lengua
y tenga cáncer en la boca
si yo no me acordara de ti
Jerusalén!²

Este es el contexto existencial (emocional, si se quiere) desde donde la Biblia nos invita a pensar en la ciudad de Babilonia.

En éste y en otros pasajes se piensa y se canta de Babilonia así, no por ser una ciudad cualquiera, sino por ser Babilonia, símbolo de todo poder imperial, enemigo del proyecto redentor de Dios. Si no fuera así, no se entendería la añoranza que el poeta tiene de Jerusalén, su ciudad.

Pero antes de hacer una reflexión teológica sobre Babilonia, detengámonos un poco para hablar de la ciudad.

¿Cómo era Babilonia?

Como ciudad existía ya desde el tercer milenio a. C. Al parecer fue fundada por los sumerios; y de acuerdo al testimonio bíblico, fue Nimrod, «el primer soldado del mundo», con quien Babilonia se estrena en la historia (Gn. 10.8-10).

Babilonia se fundó nada menos que en uno de los espacios más fértiles del mundo antiguo conocido: en el valle que forman los ríos Tigris y Eufrates. El trozo más importante de la media luna de la tierra fértil. El lugar donde el autor de Génesis 2 y 3 colocó al Edén.

Un lugar que proveía agua y comida en abundancia; que invitaba al establecimiento permanente.

La ciudad que nos interesa era la capital del imperio babilónico, mejor dicho neo-babilónico (609-539 a.C.):

La ciudad formaba un amplio cuadrilátero de una veintena de kilómetros, rodeada por una doble muralla, protegida por un canal. Se accedía a ella por ocho puertas. La del norte, la puerta de Ishtar, se abría sobre la vía procesional, que conducía del santuario exterior de Akitu al templo de Marduk, situado en el centro de la ciudad. Esta puerta estaba decorada con ladrillos esmaltados azules y con toros y dragones en relieve, de color azul y amarillo. No lejos de allí, el palacio real formaba un saledizo en el muro de la muralla.

...Más al sur, se extendía la imponente masa del *Esagil*, el templo de Marduk, con un patio rodeado de almacenes y santuarios secundarios. Cerca del templo se alzaba la torre de pisos conocida con el nombre de *Etemenanki* y que quizás alcanzaba cien metros de altura. La ciudad tenía más de una cincuentena de santuarios construidos según planos similares y dedicados a otras divinidades ... Al noreste debían hallarse los famosos «jardines colgantes», que fueron considerados como una de las siete maravillas del mundo.³

A lo anterior hay que agregar la herencia cultural de Babilonia. Allí donde se «inventa» la escritura es la cuna de esa riqueza literaria fabulosa: el código legal de Hamurabi y los varios relatos de la creación, el diluvio, y la literatura sapiencial.⁴

A la par de esa imagen de esplendor, había una realidad menos brillante; Babilonia vivió una profunda inestabilidad interna.

La ciudad, como tal, aparentemente vivía para sostener las dos estructuras de poder que sostenían al imperio: la política y la religiosa; estructuras que en la realidad eran una sola.

Las listas de los funcionarios nos permiten deducir que la población, ordenada bajo un dignatario de acuerdo a las diferentes profesiones, vivía para sostener al rey y a los sacerdotes.

Las clases sociales eran tres:

1. *La clase superior*, la de los largos nombres y complicados apellidos, estaba formada por los funcionarios de la administración civil y religiosa.

2. *Los «arrendatarios»* o mejor dicho los «intermediarios», que pagaban cierta renta; pero que funcionaban como empleadores. Con ellos trabajaban *hombres «libres»*; las «tropas» del bajo pueblo, los obreros de a destajo que ofrecían sus servicios allí donde había trabajo (al igual que los «boias frías» de las *favelas* de

3 P. Garell, *El próximo oriente asiático*, Labor, Barcelona, 1977, 2 bis, p.94.

4 Véanse las diferentes secciones sobre la literatura mesopotámico-babilónica en James B. Prichard (ed.), *La sabiduría del antiguo oriente*, traducido del inglés por J. A. G. Larraya, Garriga, Barcelona, 1966.

2 Ernesto Cardenal, *Salmos*. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1974, 6a. ed., pp.63-64.

San Pablo o los que día a día se sientan alrededor de la catedral de México, esperando ser contratados).

3. *Los esclavos*. La formaban por lo general deudores insolventes, niños vendidos por sus padres, extranjeros comprados por mercaderes, y *prisioneros de guerra*.

La Babilonia que conocieron los hebreos

Es la ciudad majestuosa, rica, deslumbradora, poderosa; pero es la ciudad del conquistador.

Quienes en la Biblia hablan de ella o la hacen objeto de su poesía o sus cantos, lo hacen desde la perspectiva del prisionero de guerra, del exiliado, del oprimido; del esclavo que, a diferencia del obrero asalariado, bien puede sentarse a comer a la mesa de los nobles, llegar a ser un personaje importante en la corte, recibir la «libertad» o, como sucedía la mayoría de las veces, ser un instrumento de trabajo y negocio de sus amos.

Babilonia, como todas las ciudades, se ofreció a los hebreos con todo su brillo, con su exuberancia, con su magnetismo; para ser anhelada y poseída. Pero a la vez, como una cruda realidad opresora y deshumanizante.

Para el pueblo hebreo vencido y humillado, Babilonia significó una invitación al poder: olvidar que sus integrantes eran miembros de un pueblo abatido y destruido como lo fue Judá, con todas sus instituciones y herencias. Una invitación a rechazar o, al menos, a hacer de lado a Yahvé, el dios del pueblo derrotado, el impotente; aquél que no pudo acompañar a su pueblo cuando más lo necesitaba.

En cambio Babilonia «ofrecía» una miríada de dioses y una variada gama de posibilidades de «realización». La majestuosa poesía del Segundo Isaías, con su riqueza gráfica y fina literatura, se presenta así con imágenes superlativas para contrarrestar el magnetismo de Babilonia y su invitación a olvidarse de Yahvé, de que eran judíos, de su identidad y de su vocación de pueblo elegido para el proyecto salvífico de Dios.

Pero Babilonia, por otro lado, significó para Judá desolación y muerte. Porque Babilonia no es tan sólo la ciudad majestuosa y tentadora; es también la capital del imperio, el símbolo de un poder que aniquila pueblos, desubica gentes y desbarata identidades. La prosa poética de Ezequiel 37.11 es por demás elocuente:

Nuestros huesos están calcinados,
nuestra esperanza se ha desvanecido;
estamos perdidos.

Ese sentimiento de desesperanza y muerte que añoró la caída de Babilonia y su destrucción se expresa gráficamente en Isaías 13.9-23; 14.4b-20:

Miren, llega implacable el día del Señor,
su cólera y el estallido de su ira,
para dejar la tierra desolada

exterminando de ella a los pecadores.
Las estrellas del cielo y las constelaciones no destellan su luz
se entenebrece el sol al salir, la luna no irradia su luz.
Tomará cuentas al orbe de su maldad,
a los perversos de sus crímenes;
terminaré con la soberbia de los insolentes
y el orgullo de los tiranos humillaré.
Haré que los hombres escaseen más que el oro
y los mortales, más que el metal de Ofir.
Porque sacudiré el cielo y temblará la tierra en su asiento
por la cólera del Señor de los ejércitos,
el día que estalle su ira.

Entonces, como cierva acosada o como rebaño que nadie congrega,
volverán unos a su pueblo, huirán otros a su tierra;
el que es atrapado, muere atravesado,
el que es capturado cae a espada;
sus niños son estrellados ante sus ojos,
sus casas saqueadas, sus mujeres violadas.
Miren: yo incito contra ellos a los medos,
que no aprecian la plata ni les importa el oro;
sus arcos acribillan a los jóvenes,
no perdonan a los niños, no se apiadan de las criaturas.
Quedará Babilonia, la perla de los reinos,
joya y orgullo de los caldeos,
como Sodoma y Gomorra cuando Dios las arrasó;
jamás la habitarán, nunca más será poblada;
el beduino no acampará allí ni apriscarán allí pastores;
aprisarán allí fieras, sus casas se llenarán de búhos,
morarán allí avestruces y brincarán chivos allí;
aullarán hienas en sus mansiones
y chacales en sus lujosos palacios.
Está a punto de llegar su hora, no se difiere su plazo.

¡Cómo ha acabado el tirano, ha cesado su agitación!
Ha quebrado el Señor el cetro de los malvados,
la vara de los dominadores,
al que golpeaba furioso a los pueblos con golpes incessantes
y oprimía iracundó a las naciones con opresión implacable.
La tierra entera descansa tranquila, gritando de júbilo.
Hasta los cipreses se alegran de tu suerte
y los cedros del Líbano:
«Desde que yaces, ya no sube el talador contra nosotros.»
El abismo en lo hondo se estremece por ti,
al salir a tu encuentro:
en tu honor despierta a las sombras,
a todos los potentados de la tierra
y levanta de su trono a todos los reyes de las naciones
y te cantan a coro diciendo:
«¡También tú consumido como nosotros, igual que nosotros,
abatido al Abismo tu fasto y el son de tus arpas!
La estera en que yaces son gusanos, tu cobertor, lombrices.

¿Cómo has caído del cielo, lucero de la aurora,
y estás derrumbado por tierra, agresor de naciones?»
Tú, que decías: «Escalaré los cielos,
encima de los astros divinos levantaré mi trono
y me sentaré en el Monte de la Asamblea,
en el vértice de la montaña celeste;
escalaré el dorso de las nubes, me igualaré al Altísimo.
¡Ay, abatido al Abismo, el vértice de la sima!»
Los que te ven se te quedan mirando, meditan tu suerte:
«¿Es éste el que hacía temblar la tierra
y estremecerse los reinos,
el que dejaba el orbe desierto, arrasaba sus ciudades
y no soltaba a sus prisioneros?»
Todos los reyes de las naciones descienden a sepulcros de piedra,
todos reposan con gloria, cada cual en su mausoleo;
a ti, en cambio, te han arrojado sin darte sepultura,
como carroña asquerosa;
te han cubierto de muertos traspasados a espada,
como a cadáver pisoteado.
No te juntarás a ellos en el sepulcro
porque arruinaste tu país, asesinaste a tu pueblo;
se extinguirá para siempre el apellido del malvado.

Ese sentimiento, mezcla de nostalgia, tristeza e ira, que cantó la poesía del Salmo 137, hizo de Babilonia un símbolo del poder destructor, deshumanizante, y un enemigo acérrimo del proyecto salvífico de Dios; y le regaló a Roma el título de «Babilonia».

Pero junto con ese sentimiento de rencor y desesperanza, Babilonia se convierte, desde la experiencia negativa, en desafío de creatividad y reflexión para la vida. Porque es en el contexto del exilio babilónico que se da la teología más creativa, más madura y más influyente en la tradición bíblica: la tradición deuteronomica, Segundo Isaías, Ezequiel y Jeremías.

En el exilio babilónico y de allí en adelante surge una nueva fuerza que marcó al pueblo de Dios con una nueva identidad; aquélla que ha permitido a los pueblos marcados por la herencia judeocristiana que puedan vivir y seguir adelante en las circunstancias más destructivas de las que la historia nos cuenta.

- La fina poesía
- La sofisticada teología
- La madura sabiduría
- La reflexión apocalíptica

Todas ellas son hijas, naturales y adoptivas, del exilio babilónico.

Babilonia en la reflexión bíblico-teológica

De los numerosos pasajes que nos hablan de Babilonia, Génesis 11.1-9 se presenta como la síntesis más depurada de la perspectiva bíblica sobre ella. Veamos este pasaje de manera más detenida. Al leerlo y estudiarlo vamos a invitar a otros pasajes

para que nos ayuden a obtener un cuadro más claro y completo de lo que la Biblia piensa y dice sobre Babilonia.

Génesis 11.1-9 y su contexto literario

Este pasaje cierra la sección conocida como la «prehistoria» de la historia del pueblo de Dios.

Esta sección habla de los *orígenes* de las varias cosas que Dios invitó y no invitó a la humanidad a hacer. Esa sección afirma una y otra vez lo difícil que es para la humanidad construir su historia y futuro sin Dios.

Y en esta prehistoria que culmina con Génesis 11.1-9, Babilonia es presentada de manera solapada; como para dar más fuerza a la ironía y el sarcasmo con los que se trata a Babilonia en otros pasajes.

Génesis 11.1-9 termina con una afirmación contundente que leída por sí sola, en el contexto limitado del pasaje, se antoja una afirmación negativa, señal de castigo: «y desde allí los *esparció* sobre la faz de la tierra.»

Sin embargo, vista esta afirmación en el contexto amplio de Génesis 1-11 agrega al elemento negativo del castigo, el elemento *misionero*, que responde (muy a pesar de los hombres y las mujeres) al proyecto divino con el que se abre el Génesis:

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, sojuzgadla... Gn. 1.27-28 (RV)

Esta idea se repite en Génesis 10.18 y 32 (RV):

Estas son las familias de los hijos de Noé por sus descendencias, en sus naciones; y de éstos se *esparcieron* las naciones en la tierra después del diluvio.

Génesis 11.1-9, que viene inmediatamente después, aparece como un intento humano, como un obstáculo, para frenar o acabar con el proyecto de Dios. «¡No, no queremos *esparcirnos*, queremos quedarnos acá!» Y el pasaje termina con ese estira y encoge entre la voluntad humana y el deseo divino. Es importante señalar que a esta idea de «*esparcir*» con la que termina Génesis 11.1-9, se agrega la orden de Yahvé a Abraham y su familia:

Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición ... y serán benditas en ti todas las familias de la tierra. Gn. 12.1-3 (RV)

En el medio de esa tensión entre seguir el proyecto de Dios y resistirse a él se encuentra Babilonia.

Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. Y aconteció que cuando salieron de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéramos esparcidos sobre la faz de toda la tierra. Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra.

Génesis 11.1-9 tiene dos secciones importantes, encerradas en un marco en tensión:

v. 1 Un lenguaje

vv. 2-4 la gente actúa-habla-actúa — decisión y ejecución — quieren subir

vv. 5-8 Dios actúa-habla-actúa — decisión y ejecución — descende

v. 9 Confusión de lenguajes

Se da una tensión entre ser uno, tener un solo lenguaje, hacerse un nombre y ser esparcidos por toda la tierra.

Se da también una tensión entre los planes y acciones humanas y los planes y acciones divinas. Esa tensión se da en el marco de las comunicaciones humanas, en quedarse en un solo lugar o esparcirse.

La tensión entre el quedarse y el moverse se resuelve de inmediato en la obediencia de Abraham al mandato de salir.

La tensión en el contexto del lenguaje vislumbra su solución en Sofonías 3.9:

Entonces purificaré los labios de los pueblos
para que invoquen todos el nombre del Señor
y le sirvan de común acuerdo;

y encuentra su respuesta en Hechos 2.8-11, en el Pentecostés:

¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oye hablar en su lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas; otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que confina con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes, y cada uno los oye hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua.

En Génesis 11.1-9, Babilonia aparece como punto de llegada y como punto de partida en el esparcirse.

Si Babilonia y el Edén pueden ubicarse más o menos en la misma área geográfica, podríamos decir que ese lugar, Edén o Babilonia, ejerció para el ser humano una fuerza de atracción para ir allá, para regresar; para resguardarse de ser esparcidos. Y tanto del Edén como de Babel, Dios saca al ser humano y lo manda a peregrinar, a poblar la tierra.

Es interesante que cuando Judá se vio frente al castigo divino fue porque los judíos quisieron hacerse de un nombre: ¡Jerusalén! ¡David! ¡El templo! (Jer. 7.1-15); cuando Jerusalén era la capital de la violencia, el robo, la opresión, la prostitución y el adulterio (Ez. y Jer.), Dios lleva al pueblo al exilio, a Babilonia.

¡Caso irónico! Babilonia que en la tradición bíblica es el centro de confusión y punto de arranque de dispersión se convierte, en el exilio, en el centro de llegada en donde y desde donde el pueblo aprendía la lección de una fe viva y más depurada. ¿No es acaso en el Segundo Isaías donde se encuentra la más alta sofisticación en la lucha contra la idolatría?! ¿No es acaso en el Segundo Isaías donde el éxodo se canta en todo su esplendor y donde este evento se rodea de la más trabajada poesía bíblica?! ¿No es acaso en el Segundo Isaías donde la lección sobre la misión de Dios para su pueblo se expresa de manera más contundente (en los pasajes del Siervo Sufriente?!

Babilonia es el lugar de convocación para ir y quedarse, como querían los hombres y mujeres; o para esparcirse como mandaba Dios.

El problema no es Babilonia en sí, sino lo que de ella se quiere hacer.

Por ello tanto la «confusión» o, mejor dicho, diversidad de lenguajes, como el esparcirse, deben verse en la ambigüedad castigo-designio divino.

Babilonia con su fascinación de seguridad, protección, poder y fama se convierte en el foco de tensión entre la voluntad humana y la voluntad divina: El hombre que quiere mantener la unidad, y Dios que clama por la diversidad. El hombre que busca un centro, y Dios que llama a la dispersión.⁵

El proyecto del hombre, que choca con Dios, es el de convertir a la ciudad en protección, en asilo, en homogeneidad, en fama, en algo para sí. Es interesante que cuando Isaías se enfrenta con la realidad de Babilonia, la pugna se da entre Yahvé y el sistema político-religioso del imperio. Isaías sabía que a la larga la lucha es contra aquéllos que gobernaban y en cuyas manos estaban el poder político y el poder religioso. Ambas fuerzas son para dominar al pueblo. Para Isaías, los miles de dioses de Babilonia eran trozos de madera y metal (Is. 44.9-20) manipulados por los hombres (Is. 46.1ss.).

Cuando Génesis 11.1-9 pinta el cuadro de una humanidad enfrentada con el proyecto redentor de Dios, tiene en mente a esa Babilonia que ha sido convertida

5 B. Anderson, *The Babel Story: Paradigm of Human Unity and Diversity*, Concilium, p.64.

en el «rincón» desde donde los poderosos crean una homogeneidad (parcheando diversidades) para manipular, oprimir y deshumanizar.

A la larga, de acuerdo a Génesis 11.1-9, el temor del hombre a la dispersión, su búsqueda de «protegerse» en la ciudad, es huir de las «amenazas» que impone el proyecto de Dios. En realidad, una actitud egocéntrica. El «enemigo» del hombre en Génesis 11.1-9 es, después de todo, Dios, porque el temor de la dispersión (v. 4) se hace realidad en las manos de Dios (vv. 8-9).

La acción de Dios es una acción liberadora que busca redimir al ser humano de una «mentalidad de fortaleza» de quien quiere sobrevivir por sus propios recursos.⁶ Dios viene a liberar al hombre de esa unidad humana que, sin la voluntad divina, se convierte en ordenadora de una *conformación opresora*.⁷

Génesis 11.1-9 nos habla de un *éxodo en reversa*. El pueblo necesita salir al exilio para aprender los caminos de Dios, someterse a su voluntad y ser actor de la misión divina.

En el tema del «hacerse un nombre» se mira la tensión de un tema frecuente en la Biblia: Dios, que se hace un nombre, en las hazañas salvíficas del éxodo y de todos los éxodos donde haya una comunidad de esclavos. No es nada accidental que Exodo 3.1-15, donde se habla de la revelación del grandioso nombre de Dios, se halla en el contexto de la liberación del pueblo oprimido en Egipto.

Babilonia se adjudicó un nombre: aquélla que se había llamado «puerta de Dios» ahora se llamaba «confusión». ¿Por qué? Porque allí quienes buscaron hacerse un nombre lo trataron de hacer en la dirección opuesta al proyecto redentor de Dios.

Babilonia en el Nuevo Testamento

Los pasajes que nos interesan en este ensayo se encuentran en Apocalipsis. Especialmente nos referimos a los capítulos trece y diecisiete hasta el diecinueve. La lectura de esos pasajes nos hace coincidir con la apreciación sobre Babilonia de la mayoría de los estudiosos de la Biblia: Roma es Babilonia; es la bestia, porque en ella se reconoce la deformación monstruosa del poder político «en cuanto que adopta la forma de una religión y exige a sus subordinados un reconocimiento religioso».⁸

En realidad Roma llegó a ser llamada Babilonia por ser ésta la famosa capital de la idolatría del Antiguo Testamento. El Segundo Isaías, quien desata una feroz polémica contra los dioses falsos, se inspira en la realidad religiosa de Babilonia y el encantamiento que ejerció sobre el pueblo judío exiliado.

Roma, al igual que Babilonia en el tiempo del exilio, llegó a convertirse en una mezcla de bendición y maldición. Ofrecía a pueblos enteros e individuos la posibilidad de vivir a sus «anchas». Dice William Barclay, citando a E. J. Goodspeed:

El ciudadano sometido al gobierno de Roma se encontraba en una posición que le permitía hacer sus negocios, alimentar a su familia, enviar su correspondencia y emprender viajes con seguridad gracias a la mano dura de Roma.

En realidad, la *pax romana* ofrecía al individuo algo nunca visto antes. Esta paz y esta prosperidad del imperio romano iniciaron el culto al imperio y al emperador. Lo que primero fue un reconocimiento de la «gente de afuera» que en gratitud llamaban a Roma su «diosa hñenechora», pronto se convirtió en culto y en exigencia de fidelidad absoluta. El culto al emperador pronto se consolidó y todo aquél que quisiera vivir en Roma y vivir de Roma debía rendir culto a ese dios; de lo contrario, se enfrentaría con la persecución y la muerte.

Esta fue la Roma que conocieron los cristianos en la última parte del primer siglo. William Barclay lo expresa así:

El cristiano se enfrentaba con la siguiente alternativa: decir «César es el Señor» o morir. El gobierno romano no consideraba herejes o ateos a los cristianos; los veía como revolucionarios peligrosos que se negaban a jurar lealtad al imperio. Como resultado de ello, todo cristiano se convertía automáticamente en una persona que estaba fuera de la ley ... El cristiano enfrentaba la opción «César o Cristo».

Al igual que la Babilonia del Antiguo Testamento, la Roma del Nuevo Testamento se ofrecía como una fuerza encantadora que regalaba «homogeneidad» y «seguridad»; pero sólo para quienes no conocían de verdad el proyecto redentor de Dios.

El relato de los dos «testigos» del capítulo once de Apocalipsis nos recuerda que la misión de Dios, en un contexto de idolatría y opresión, enfrenta a los enviados de Dios con el poder demoníaco y mortal de Babilonia. Pero es exactamente allí, en «Babilonia», donde el poder de la bestia está presente, adonde Dios envía a sus testigos; el lugar de la misión.¹¹

9 William Barclay, *Apocalipsis*, La Aurora, Buenos Aires, 1975, p. 323.

10 *Ibid.*, p. 326.

11 Dice J. Comblin: «Los textos son, pues, perfectamente concordantes: el lugar del testimonio es Babilonia, señora de todas las naciones, la ciudad donde reina la Bestia, representada por una mujer, una ramera llevada por la Bestia (17. 3-7). Babilonia es la ciudad de la fornicación y de la idolatría ... Los testigos tienen que sufrir los asaltos de la Bestia ... tienen que hacer frente a la seducción de la segunda Bestia, el falso profeta que obliga a los hombres a adorar la estatua de la Bestia (13.15).» *Cristo en el Apocalipsis*, pp.207-208.

Apuntes para nuestra reflexión

1. Babilonia como ciudad: símbolo de todo poder imperial que resiste y quiere destruir el proyecto salvífico de Dios.
2. Refugio, protección; o lugar desde donde se sale a la misión de Dios.
3. Homogeneidad y unidad, intereses humanos; o dispersión, diversidad, voluntad divina.
4. Centro desde donde el proyecto salvífico divino es resistido por los intereses humanos.
5. Tentación para darle la espalda a Dios o centro de creatividad y depuración de la fe.